

CAPITULO II

Apertura de los Estados Generales

Procesión de los Estados generales.—Apertura, 5 de Mayo.—Discurso de Necker.—Separación de los órdenes.—El Tercer Estado invitado á la reunión.—Inacción de la Asamblea.—Lazos que se le tienden (4 de Mayo-9 de Junio de 1789).

La víspera de la apertura de los Estados generales se dijo solemnemente en Versalles la misa del Espíritu Santo. O aquel día ó nunca se hubiera debido cantar el himno profético: «Vas á crear pueblos; la faz de la tierra será renovada.»

Este gran día fué el 4 de Mayo. Los mil doscientos diputados, el rey, la reina, toda la corte escucharon en la iglesia de Notre-Dame el *Veni-Creator*. Después la inmensa procesión, atravesando toda la ciudad, volvióse á San Luis. Las largas calles de Versalles, llenas de guardias franceses y guardias suizos, adornados los balcones con tapices de la corona, no podían contener la multitud que en ellas se agolpaba.

Todo París había ido. Las ventanas y hasta los tejados estaban llenos de gente. En los balcones se veían hermosas y conocidas damas, con el peinado coquetón y airoso que entonces se usaba, mezcla rara de plumas y de flores. La multitud enmudecía, llena de turbación y de esperanzas.

Comenzaba un gran hecho. ¿Cuál sería el resultado? ¿Cómo el desarrollo? ¿Quién podía decirlo?... El esplendor de aquel espectáculo brillante, tan variado y majestuoso, las músicas colocadas de trecho en trecho, el mismo rumor de las gentes alejaban todo otro pensamiento.

¿Era este hermoso día el último de la paz y el primero de un inmenso porvenir?

Las pasiones eran diversas, opuestas sin duda, pero no eran como otras veces enconadas. Los mismos que habían deseado y acelerado esta nueva era no podían abstraerse de la emoción común á todos, é igualmente ocurría á los adversarios del movimiento iniciado. Un diputado

de la nobleza lloraba de alegría: «¡Veo á mi Francia, á mi patria, apoyada por la religión, decimos: ¡Borrad vuestras querellas!... Lágrimas



NIMES

corren de mis ojos. Mi Dios, mi patria y mis conciudadanos han venido á confundirse en mí mismo.»

Al frente de la procesión aparecía una masa de hombres, vestidos de negro, fuerte batallón formado por los quinientos cincuenta diputa-

dos del Tercer Estado; después más de trescientos juriconsultos, abogados y magistrados representaban claramente el advenimiento de la ley. Modestamente vestidos, firmes en su andar y en sus miradas, se encontraban reunidos, sin distinción de partidos, dichosos en aquel gran día, que proclamaba su victoria.

Detrás iba el grupo brillante, á pesar de ser poco numeroso, de los diputados de la nobleza, con sus sombreros con pluma, sus ricos encajes y sus colgantes de oro. Los aplausos que se habían prodigado al pasar el Tercer Estado cesaron de pronto. A pesar de ello habían en el grupo de los nobles cuarenta que eran amigos y amparadores del pueblo.

Con el mismo silencio fué acogido el paso del clero. Presentaba éste un aspecto muy curioso. Del mismo modo que la diferencia de la riqueza de los trajes separaba al Tercer Estado de la nobleza, la riqueza de los trajes dividía al clero, además de una banda de música. Delante unos treinta prelados con sus capas violetas ó escaletas; detrás el humilde grupo de doscientos curas con sus sotanas y sus capas negras.

Al mirar esta imponente masa de mil doscientos hombres animados, sin duda, por grandes entusiasmos, cualquier observador atento podía fijarse en una cosa. Había entre ellos muchos hombres honrados, muchos de clara inteligencia, pero no había ninguno que, reuniendo en sí las autoridades del genio y del carácter, tuviera poder bastante para arrastrar la multitud con su elocuencia, la fuerza de sus pensamientos ó su heroísmo.

Los precursores, los innovadores, que habían iniciado la marcha del siglo, no existían ya. Quedaba su pensamiento para arrastrar á las naciones. Grandes oradores surgieron después para expresar y aplicar el credo de aquellos titanes, pero no agregaron nada nuevo. La gloria de la revolución, y su peligro también, en aquellos primeros momentos, era ir solo delante de la multitud, arrastrarla, sin más escudo que las ideas, ni más idea que la fe de la razón pura, sin ídolos humanos y sin falso Dios.

La nobleza, que se presentaba como guardián y depositario de nuestra gloria militar, no tenía ningún general célebre en sus filas. «Todos los grandes señores de Francia eran ilustres desconocidos.» Sólo uno podía despertar algún interés: el primero que, á pesar de la corte, había tomado parte en la guerra de América, el joven y rubio Lafayette. Nadie podía sospechar el desmedido papel que la fortuna había de hacerle desempeñar. El Tercer Estado, multitud desconocida, llevaba ya en su seno la Convención. Pero ¿quién la hubiera podido ver?, ¿quién hubiera podido distinguir en medio de aquella masa de abogados el escuálido cuerpecillo y el rostro pálido de Robespierre, el abogado de Arras?

Dos cosas notables había en aquella singularísima procesión: la ausencia de Sieyes y la presencia de Mirabeau.

Sieyes no había ido á Versalles todavía y el pueblo buscaba ávidamente, en aquel gran movimiento, la figura del hombre, cuya sagacidad lo había previsto todo, calculado y formulado.

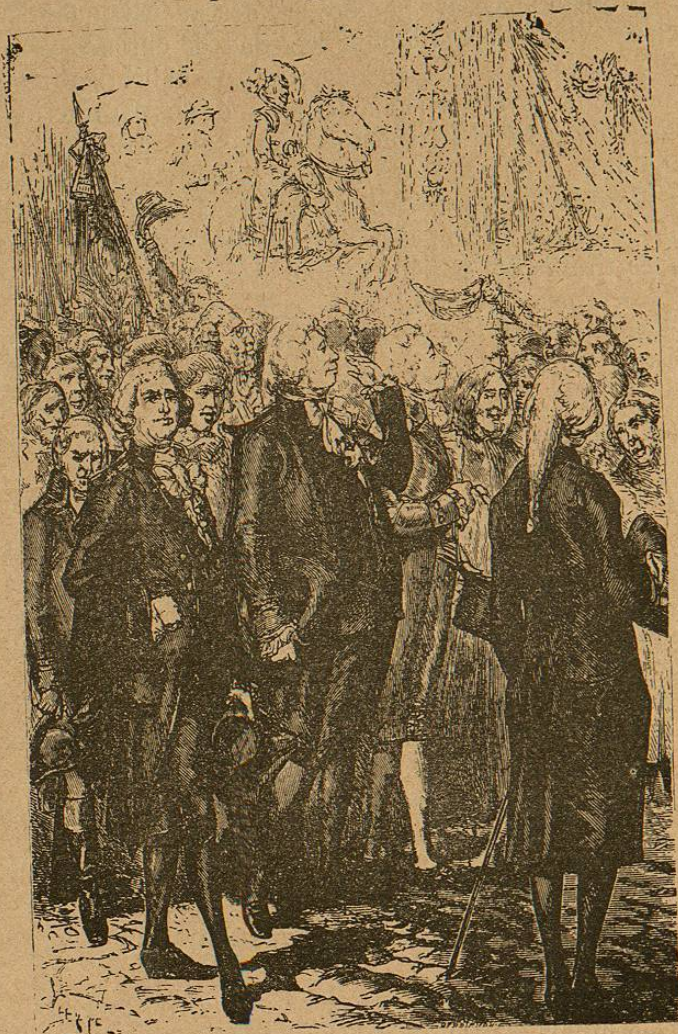
Mirabeau atraía todas las miradas. Su inmensa cabellera, su cabeza leonina, marcada con el sello de una poderosa soberbia, casi insultante, arrastraba á la multitud que no podía separar de él los ojos. Visiblemente Mirabeau era un hombre; los demás, á su lado, eran sombras cuyas siluetas se borraban al pasar; hombre era desgraciadamente de su tiempo y de su clase, vicioso como la alta sociedad de entonces, escandaloso y encenagado en todas las liviandades; esto le había perdido. El mundo estaba lleno de la novela de sus aventuras, de sus cautiverios y pasiones, de las que se conocían dos violentas, furiosas... La tiranía de estas pasiones exigentes y absorbentes le había arrastrado hasta bien hondo... Pobre por la dureza de corazón de su familia, tuvo las miserias morales y los vicios del pobre, y además los vicios del rico. Soportó la tiranía de la familia, la tiranía del Estado, siendo tiranizado además moral é interiormente por la pasión... ¡Ah!, nadie podía saludar con más entusiasmo esta aurora de libertad, aquel renovamiento del alma. Así lo decía á sus amigos. Iba á renacer joven con Francia, iba á arrojar su vieja capa rota y sucia... Iba á comenzar á vivir entonces; en aquella vida nueva que se abría fuerte, ardiente, apasionada. Se le veía profundamente conmovido; su rostro se contraía y palidecían sus mejillas... ¡No importa!; alzaba erguida su enorme cabeza y su mirada llena de audacia se fijaba en la multitud. Todo el mundo presentía que había de ser la gran voz de la Francia.

El Tercer Estado fué aplaudido en general; del grupo de la nobleza sólo aplaudió el pueblo al duque de Orleans y luego al rey, á quien agradecía haber convocado los Estados generales. Tal fué la justicia del pueblo. Al pasar la reina se oyeron algunos murmullos; las mujeres gritaron: «¡Viva el duque de Orleans!» creyendo molestarla al nombrar á su enemigo. La reina se impresionó vivamente y estuvo á punto de desmayarse; la sostuvieron, pero se repuso pronto y levantó en alto su soberbia cabeza, bella todavía, intentando desafiar el odio público con una mirada firme y despreciativa... Triste esfuerzo que le arrebató toda su belleza. En el retrato que hizo en 1783 su pintor, madame Lebrun, que quería mucho á la reina, se nota ya algo repulsivo, una expresión dura y brutalmente desdeñosa (1).

En aquella hermosa fiesta de paz y unión se inició la guerra. Se había señalado un día á Francia para que todos se abrazaran en un pensamiento común, y al mismo tiempo se hacía todo lo necesario para dividir la nación. En la diversidad de procedimientos con que se trataba á los diputados y en las diferencias de sus vestidos, se veía realizada la dura frase de Sieyes: «¿Tres Estados? No; ¡tres naciones!»

(1) Se ve la transformación que experimentó Maria Antonieta en los tres retratos que existen en Versalles. En el primero (vestido de raso blanco), aparece coqueta y dulce todavía; se ve que comprende el amor que le profesan. En el segundo (vestido rojo) está rodeada de sus hijos; su hija se apoya dulcemente sobre ella; todo en vano; la rigidez y sequedad de su rostro son ya incorregibles; la mirada es fija, dura, ingrata (1787). En el tercero (vestido azul, 1788) está sola, con su altivez de reina, pero triste y de expresión dura.

En la corte se habían hojeado escrupulosamente libracos antiguos para conocer, con todos sus detalles, el odioso ceremonial gótico en que estaban marcadas todas las oposiciones de clase, todas las señales de distinción y de odio sociales que era preciso destruir. ¡Etiquetas, blasones,



Mirabeau atraía todas las miradas (Pág. 75)

encomiendas, títulos, honores después de Voltaire, después de *Figaro!*... Era demasiado tarde. En verdad, no eran aficiones tradicionales las que impulsaron á la corte á restablecer el viejo ceremonial, sino el secreto deseo de mortificar y abatir á los pequeños, recordándoles su bajo origen... La verdadera debilidad se entregaba una vez más al peligroso divertimento de humillar á los verdaderamente fuertes.

El 3 de Mayo, víspera de la misa del Espíritu Santo, se presentaron

los diputados en Versalles. En aquel momento, de cordialidad, de fácil emoción, sufrió el Tercer Estado, casi todo inclinado en favor del rey, un enorme desengaño. En lugar de recibir á los reunidos por provincias, los recibió agrupados por órdenes; el clero, la nobleza y... luego los



EL DUQUE DE ORLEANS

representantes del pueblo, después de un intermedio bastante largo. Se ha querido achacar á los servidores aquella y otras insolencias del rey, pero Luis XVI demostró bien claramente que gustaba demasiado de aquel ritual.

En la sesión del día 5, estando el rey cubierto, y la nobleza que le rodeaba también, el Tercer Estado quiso hacer otro tanto; y Luis XVI, para impedir que se igualara á la nobleza, prefirió descubrirse.

¿Quién podrá creer que esta corte insensata pretendía renovar la vieja costumbre, de hacer que el discurso del Tercer Estado fuese pro-